

Unidad entre los Cristianos

Nelson Medina, O.P.

1. Dimensiones del problema

Esta es la semana de oración por la Unidad de los Cristianos. Tiempo, pues, para orar y para reflexionar, pues no podemos separar las súplicas de la conciencia de los errores, deficiencias y heridas por las que queremos suplicar.

Ante todo, es claro el escándalo. Jesucristo ligó la evangelización hacia el mundo con la unidad entre los creyentes, pues dijo: "que sean perfeccionados en unidad, para que el mundo sepa que tú me enviaste" (Jn 17,23). Nuestra desunión bloquea, aplaza, ensucia, entorpece la capacidad de creer de todos, y especialmente a los que se sienten o desean distantes de la Iglesia.

En segundo lugar, sabemos que no partimos de cero. Años de diálogos, estudios profundos en teología e historia, muchas semanas de oración, trabajos conjuntos a favor de pobres o discriminados: todo ello es un precedente que debemos sopesar, agradecer y conocer muy bien antes de hacer nuestro propio aporte.

En tercer lugar, son evidentes las diferencias que la cultura y la geografía marcan cuando hablamos de ecumenismo. No es lo mismo un diálogo teológico con un pastor luterano en Berlín que la respuesta que haya que dar a un mormón en las calles de Bogotá. No es igual el modo de predicar del tele-evangelista que vende prosperidad al estudio bíblico de un exégeta presbiteriano. En fin, no estamos igualmente lejos ni en circunstancias paralelas cuando se trata de distintos grupos y subgrupos. Se sabe que la primacía han de tenerla las llamadas "iglesias históricas" aunque también es sabido que su mismo robustez institucional hace menos previsible un cambio de fondo, algo así como las añoradas masas en retorno a la Iglesia Católica.

Precisamente, y en cuarto lugar, tampoco es claro si haya que desar un "simple" retorno a la Iglesia Católica como la conocemos. De eso hay más que decir.

2. De camino hacia el respeto

Para mucha gente el movimiento ecuménico no debería existir. Sobra, simplemente. Según ellos, la Iglesia Católica tiene en sí todo y lo único sensato que puede hacer un hereje es dejar su error y volver al redil. A los católicos, por consiguiente, sólo nos concierne resistir cualquier halago o amenaza que pretenda movernos de nuestra verdad, de modo que con paciencia podamos ver la caída de los herejes o su retorno humilde al rebaño verdadero.

Esta postura queda bien correspondida por otras posiciones análogas que se dan en otros cristianos. De hecho, para "separarse" de la Iglesia de Roma (y de ahí viene el nombre "secta", del verbo latino "secare," cortar), aquellos cristianos tuvieron que pasar por el proceso de descalificar a esa Iglesia y creer además que en ellos sí estaba o podía estar la autenticidad perdida. Uno que esté convencido de esto difícilmente verá como un avance volver al punto de donde se desprendió porque a su entender aquel desprenderse tuvo una razón muy legítima.

Sobre tales antecedentes lo que se puede esperar es lo que de hecho hemos visto en abundancia: desprecio mutuo y agresividad verbal e incluso física. Este ambiente malsano se empeora aún más cuando entran factores extrareligiosos, de orden económico o político por ejemplo. Desde la Reforma misma, en toda Europa la discusión teológica o bíblica corrió paralela a la intriga política, la tenencia de tierras, la conquista de puestos y privilegios, la expropiación de capillas, la calidad de la educación e incluso, a veces, la elección de esposa o esposo.

No todo radicaba ni radica entonces en la interpretación de unos versículos o en la consideración abstracta sobre qué puede lograr y qué autoridad tiene la propia conciencia. En ese sentido, quedarnos con la idea de que hay que encontrar versículos más "contundentes," argumentos "tumbativos" o razones "irrebatibles" es un proyecto destinado de entrada al fracaso. Ciertamente, una gran parte de los creyentes de lado y lado pueden pensar que las discusiones un día las ganará alguien ("la doctrina sana" dirán los católicos; "el poder de la Palabra" dirán los nacidos de la Reforma). Mucho me temo que aunque tales diálogos tienen su importancia son sólo una de las muchas dimensiones del problema.

Y un elemento más: tenía que llegar una etapa distinta, después de que se había derramado estérilmente mucha sangre derramada de parte y parte (por cierto, casi siempre se recuerda más la parte católica y para ello, como en

conjuro, se pronuncia la palabra "Inquisición"). Esa etapa distinta vino marcada por el respeto a las creencias del otro. Pero este respeto, que tuvo el poder de frenar las masacres y acallar las guerras de religión trajo también dos graves consecuencias, a manera de efectos colaterales: el surgimiento de la privacidad como valor casi supremo y la consiguiente entrega de la esfera de lo social a las fuerzas del agnosticismo, que por cierto esperaba esa oportunidad hacía mucho tiempo.

3. La vía hacia la unidad

Si cada confesión cristiana se levanta con orgullo sobre sus puntos fuertes no habrá nunca unidad entre los seguidores de Jesucristo. El camino hacia la unidad es el camino hacia la humildad. Y la humildad brota de una doble conciencia: agradecimiento por lo que tenemos sin merecerlo y arrepentimiento por lo que hemos perdido.

Tiene sentido: seremos uno en Jesucristo. La idea no es unificarnos y luego llegar unidos donde él, sino saber que en él está la unidad, así como en él está la fuente viva de la gracia y el criterio de toda verdad.

Estas ideas, hermosas en su exposición inicial, tienen sin embargo consecuencias que imponen un largo trabajo a todos, una genuina conversión. No será lo más auténtico de cada uno lo que haya que abandonar sino aquello en que nos cada uno alcanza a reconocerse inauténtico, traidor, falso.

Yo personalmente no creo en el ecumenismo de mínimos cuya expresión típica sería: "Para centrarnos en Jesucristo, hablemos sólo de lo esencial, en lo que ciertamente estamos de acuerdo todos." Esa perspectiva implica para el lado católico una renuncia tácita pero real a su propia convicción. Mucho hablar del señorío de Cristo pero no relacionarlo ni con la Eucaristía ni con el sacerdocio, por decir algo. Otros cristianos pueden sentir también que sus propios temas prioritarios son pospuestos o ignorados. Un obispo católico puede disertar muchas horas sobre liturgia, disciplina, sacramentos, cánones y otros temas (todos importantes) sin tocar el hecho de que su propia diócesis está agonizando por falta de un anuncio real y vital de Cristo como Señor de nuestra vida.

Así que no es saludable el ecumenismo "de mínimos." Tampoco, como ya quedó dicho, el de "máximos," en el que cada uno maximiza su propia opción. Lo que necesitamos, creo, es ser fieles a lo que considera cada quien como su

"máximo," su don propio, y entre tanto, en espíritu de oración y autoexamen, reconocer ante Cristo tantas cosas en las que no somos fieles. Atraídos por él, fascinados por él, enamorados de él, podemos encontrarnos luego en él para ser uno en él.

4. Un requerimiento extraño

La humildad y la oración, cada una alimentando a la otra: tal es el camino del ecumenismo y está bastante claro. Pero falta más. Sonará espantoso pero hay que decirlo: no nos vamos a unir si no reconocemos los enemigos comunes. Necesitamos encontrar nuestros enemigos.

En el plano económico, la unidad surge del deseo de ganar más pero también de tener que vencer a la competencia. En lo político, sabemos que países que difieren en muchas cosas saben unirse para derrotar a algún abusivo, tal como la Alemania nazi fue vencida por rusos y americanos.

También la historia del cristianismo cuenta relatos semejantes. A ver: ¿dónde están los tertulianistas o montanistas de hoy? Una respuesta fácil, que darán muchos manuales, es que el Montanismo desapareció porque fue condenado y señalado como herejía. Siendo una rama desgajada agotó su savia y murió por sí misma. Sin embargo, hay señales serias de que fueron los montanistas los primeros en llamar Dios al Espíritu Santo y en usar la expresión "de la misma naturaleza" (homoousion) que luego fue clave para la elaboración de los tratados trinitarios. ¿De veras no debemos nada a esos herejes?

Lo que quiero destacar es que es falsa la imagen de una Iglesia que ya se las sabe todas y que ve con tristeza cómo algunos falsean lo que ella ya sabía. Esos traidores o se convierten, renunciando a sus desvíos, o se alejan y entonces se disuelven en la nada y el olvido, mientras que la Iglesia misma permanece inmutable en la verdad que ya tenía. La realidad es que de cada movimiento herético la Iglesia ha aprendido mucho, porque una herejía es el énfasis desproporcionado en algo que es cierto y que probablemente habíamos olvidado o no habíamos empezado a conocer.

No es distinto lo que vemos a lo largo de los siglos. Nosotros los dominicos probablemente nunca hubiéramos llegado a la existencia sin los cátaros. Y no es cosa de decir que "Dios sabe sacar cosas buenas de las malas" (lo cual es bien cierto) sino de decir: "En todos aquellos y aquellas que estaban

equivocados en algunas cosas, había muchas otras que eran muy buenas, y gracias a Dios tuvimos la humildad y la sensatez de aprenderlas."

5. Santa Catalina y el Ecumenismo

Para el lenguaje del pacifismo es "herejía" lo dicho aquí: que hay que encontrar no sólo qué nos une con los demás cristianos, positivamente, sino: a qué enemigos comunes debemos enfrentarnos. Descubrirlos supone que nuestros enemigos no son los que herejes sino las herejías. Más aún: no son las herejías en su conjunto sino aquello que en ellas es falso y dañino, en primer lugar para quienes las sostienen.

La lógica consecuencia es que para el ecumenismo necesitamos la actitud humilde de quien tiene algo que aprender del hereje, unida a la actitud compasiva de quien sabe cuánto sufrimiento y privación de bienes ha padecido el que se apartó. La falta de humildad nos hace creer que ya lo sabíamos todo, y la falta de compasión revela que acaso quisiéramos lo que ellos tienen si se pudiera impunemente.

Hay un pacifismo fácil que quisiera que simplemente quitáramos la palabra herejía y que todo quedara reducido a opiniones. Ese pacifismo, nieto bien crecido del librepensamiento y discípulo aprovechado del agnosticismo, no nos seduce porque quita no sólo el amor por la verdad, que en realidad está inscrito a fuego en el corazón humano, y el amor a la humildad y la compasión, que son legítimos hijos de la pasión por la verdad.

No: la solución no es ahogar el amor por la verdad sino purificarlo en los caminos de una postura humilde y compasiva, es decir, una postura que parte de la verdad de la vida y que no se contenta con la verdad de la doctrina. Si algo hay que reprochar a la actitud católica no es su amor por la doctrina sana, que ya venía bien recomendada desde las Cartas Pastorales del Nuevo Testamento, sino su falta de amor a la verdad de la vida, o lo que Catalina de Siena llamaba el santo conocimiento de sí mismo. Sobre la base de ese conocimiento surgen la oración, la humildad y la misericordia.

6. El Enemigo y su derrota final

Es interesante ver cómo las luchas religiosas entre cristianos modelaron el concepto de religión que tiene Europa y un poco por extensión el resto de

Occidente. Más interesante aún ver cómo ese concepto resulta particularmente inadecuado para afrontar algunos grandes problemas y retos que la misma civilización europea encuentra ahora mismo. En efecto, lo que no sabían ni católicos ni protestantes era que con sus batallas estaban dando pecho a una criatura artera: el agnosticismo.

Era casi inevitable. Dado que unos y otros se asociaron con el poder, los poderosos algún día tenían que descubrir que mandarían más a sus anchas sin rendir cuentas a nadie. El surgimiento de las naciones va paralelo a la idea de un gobierno aséptico a la religión. Nacen de aquí dos cosas: la idea de que la religión no debe tocar la esfera pública sino sólo circunscribirse a los gustos privados, más o menos como la marca de desodorante que cada quien prefiera, si prefiere alguno. Y surgió también la manera de vender esa privatización de lo religioso a través de la doctrina (verdadero dogma) de la separación entre Iglesia y Estado.

El correr de los años mostró adónde llevarían estos gobiernos nacionales o nacionalistas: era preciso controlar a la Iglesia, acotarla. Los hombres que esto hicieron no tenían la talla espiritual de un Lutero ni los anhelos reformistas de un Calvino. Tenían una tarea práctica y la abordaron metódicamente tras las huellas de los Ilustrados. Los cristianos de ambos lados empezaron a ver --y siguen viendo-- cómo la religión queda confinada a la irrelevancia, de modo que ya hay quienes consideran que incluso se le puede borrar de la historia: no ha hecho nada en Europa, según eso.

A medida que pasa el tiempo los católicos y los nacidos de la Reforma vamos despertando --o por lo menos es de desear que despertemos. Algunos signos exteriores pueden servir de alarma oportuna.

Una, la más evidente, es el Islam. Sólo cuando nos encontramos con una teocracia (real o aparente, es otra cosa) descubrimos la limitación de nuestro concepto de religión. ¿No es en el fondo una gran incoherencia que alguien pueda decir de corazón "¡Jesús es mi Señor!" y luego tenga que añadir: "Pero esto no debe ser proclamado públicamente..."? Los católicos, por lo menos en papeles y documentos, siempre hemos defendido el reinado público de Cristo (de ahí, de hecho, la fiesta de Cristo Rey), pero, ¿hemos sido coherentes en llevar a la práctica esa profesión de fe? ¿Y qué dirán ciertamente los protestantes? ¿Sí va de acuerdo con la Biblia el concepto de "fe privada" que campea en la Europa del Tercer Milenio?

Lo cierto es que Turquía está a las puertas de la Unión Europea. Y aunque sea políticamente incorrecto decirlo en voz alta (y pública), todo el mundo sabe que los temores a su ingreso no son solamente por los factores de crecimiento económico o los derechos humanos. Se trata de millones de personas que no han bebido el concepto de religión que es moneda corriente en la Europa del Occidente y que ciertamente no lo van a asimilar. A cualquier cristiano, de la confesión que sea, que le quede un poco de amor por Jesús le duele y lo llama a celo lo que los musulmanes quieren darle a Alá: el mundo entero.

Y sin embargo, mala idea fuera asentar la unión entre los cristianos considerando enemigos a los musulmanes. Hay mucho que nos une a los musulmanes y lo descubriremos cuando descubramos cuáles son los enemigos que tenemos en común con ellos. Esos enemigos no son los ateos ni los agnósticos. Hay demasiado que nos une con todos los seres humanos: lo descubriremos cuando hallemos los enemigos comunes. Ese día entenderemos que el enemigo ha sido vencido en la Cruz y daremos gracias con una voz al Rey de los Siglos.

+